

Local, estampas librescas

Martín Cinzano

Estas crónicas se escribieron desde la venta callejera de libros usados, específicamente en el corredor de libros que se encuentra afuera de la estación del Metro Balderas, en la Ciudad de México. Se atraviesan en ellas personas y lecturas, digresiones y ficción, además de cierto temple desesperado de un cronista cada día más descreído de una actividad a la que, aun así, regresa con obcecación.

El historiador

Pasa como una vez al mes, pero pasa. El historiador. Tiene pinta de profesor universitario, salvo por los zapatos con hoyos, la camisa rasgada y una muy curiosa cachucha de goma que se le cae todo el tiempo. También habla como lo haría un conferencista salido del Instituto de Investigaciones Históricas, salvo por sus frecuentes “se lo cargó la chingada” y sus intempestivos “hijos de toda su perra madre”. ¿De dónde salió? Tal vez directamente del Artículo 123, aunque para ser justos consignaremos que el historiador no huele a *mon-ice*. Huele a mierda, huele a pato, huele a perro muerto, es decir huele a *historia*, pero no a *mon-ice*.

Por esto, durante el rato en que el historiador se para frente a las repisas del local y maldice las viejas y bien cuidadas ediciones de Florescano, Cosío Villegas y alguna añeja biografía de Juárez, a nadie se le ocurre pasar cerca de ahí. Es como si durante ese lapso se instalara en Balderas un desierto donde el único personaje visible es un harapiento que babea sobre libros de historia y proclama, entre otras, la tesis de la simulación del fusilamiento

de Maximiliano y su consiguiente relegamiento (¡hasta hoy!) en un pueblito de El Salvador. “Si no me creen –re-mata el historiador ante los libros, apretando su cachucha de goma entre las manos–, me vale. Aquí mero he visto correr más sangre que todos ustedes juntos, pinche bola de ojetes”.

Al retirarse el historiador, el vendedor al fin logra expulsar el aire retenido en sus pulmones. La gente comienza a salir de donde quiera que se haya refugiado, los vendedores ambulantes reaparecen y con ellos los muchachos adictos al *mon-ice*. Es lógico: el olor a *mon-ice* se aguanta; el de la historia no.

Un saludo

Como se sabe, el daño provocado por el agua es irreversible en un libro. Esto no es problema para quienes logran leer sin inconvenientes un volumen al que le han crecido hongos o cualquier otro tipo de flora asoma entre sus pliegues; con tal de que las páginas se puedan pasar y las letras sean visibles (es decir, con tal de que siga siendo un libro y no una maceta), no ponen objeciones. Pero como al local de Balderas acude la especie de lector que frunce el ceño ante el más imperceptible de los dobleces (lo cual lo autoriza a pedir rebajas del cincuenta o sesenta por ciento), cualquier mínimo rastro de humedad resulta enemigo mortal.

La verdad, no es bonito leer un libro que quedó tieso debido a la acción de la lluvia, el mar, la nieve, el granizo, el vino, el semen o el café. Para el lector enfrentado a un libro así, es como si la indudable malevolencia, arrogancia y desidia de sus lectores anteriores hubiese sido adquirida por el libro en sí mismo, aunque éste lleve por título *Caza de conejos* o *La pesca de truchas en Norteamérica*. La humedad siempre ha conspirado contra el aliado número uno del libro: el polvo: “Toda superficie desea con vehemencia el polvo”, decía Joseph Brodsky en *Marca de*

agua, “porque el polvo, como dijo el poeta, es la carne del tiempo, la verdadera carne y sangre del tiempo”. La humedad, por tanto, además de dejar el libro en malas condiciones físicas y en pésimas condiciones metafísicas, a su vez lo transforma en un objeto petulante, y esto les sucede incluso a aquellos libros que, como los de Enrique Krauze o Gabriel Zaid, ya lo son.

Es por eso que de mayo a septiembre el local sufre. La lluvia y el granizo, por lo general, espantan a la gente (cuestión que a veces se agradece, pues el local pasa por épocas de misantropía radical), pero la amenaza más terrible se cierne sobre esas páginas que poco o nada saben de cambio climático y no tienen ingerencia alguna en las antipolíticas ambientales, como el incomprensible quite de coladeras y la rigurosa tala de árboles llevadas a cabo sobre la avenida Balderas (desde Juárez hasta Chapultepec), ambas criminales medidas adoptadas con motivo del paso de la Línea 3 del Metrobús.

Desde aquí, bajo una lluvia torrencial, los libros aprovechan entonces de enviar un enérgico saludo –se adivina cuál– a las autoridades locales y a los “urbanistas” del D.F.

Vueltas alrededor del epígrafe

¿Desde cuándo los textos escritos se vieron acompañados por esas pequeñas letras que los antecedían pero que de todos modos pasaban a formar parte importante de ellos? ¿Cómo se enfrentaron los lectores del primer epígrafe al reparar, aguzando la vista, en esas letras preliminares? Estas cuestiones forman parte no sólo de la historia de la literatura sino de una mucho más amplia historia de la escritura y la lectura: el epígrafe, tal como lo conocemos hoy, se impuso gracias a una transformación tecnológica, una alteración de los modos de leer y escribir en la que la imprenta y el desarrollo de las tipografías y, por supues-

to, los historiadores, contrariamente a este texto, tienen mucho por decir.

Hoy, eso sí, el diccionario acepta por lo regular dos acepciones de la palabra *epígrafe*: o bien la define como un resumen de una obra o de un capítulo (casi un *abstract*, diríamos), o bien como “una cita o sentencia que suele ponerse a la cabeza de una obra científica o literaria” (según la RAE). Es esta segunda acepción del epígrafe la más extendida actualmente en literatura, aun cuando no se debe olvidar que, en cuanto a la primera, los notables epígrafes-resúmenes de un libro como *Don Quijote* permanecen como determinantes en su lectura y, por lo demás, siguen haciendo reír.¹

La función del epígrafe es, en todo caso, determinante: introducir un sentido capaz de operar directamente sobre la predisposición del lector. Un lector siempre está predispuesto ante lo que leerá y carga con una noción, por muy vaga o precisa, de aquello que leerá. Eso es inevitable. Y el epígrafe, en ese aspecto, funciona al mismo tiempo casi como un catalizador, un puente entre la pre-posición del lector y el inicio propiamente tal de su recorrido por el texto. Ahora bien: por un lado tenemos epígrafes que, de algún modo, intentan abrir un pórtico a lo que se leerá a continuación, y por otro, epígrafes irónicos, más misteriosos, ambiguos, que incluso logran atentar contra la estabilidad de la lectura o asestar un golpe de entrada.

En otro aspecto, el propio texto del epígrafe resulta un buen pre-texto para que el “escritor sin asunto”, como lo llamaba Horacio Quiroga, al fin pueda armarse de uno.

1 Sólo algunos ejemplos entre muchos, tomados de la Segunda Parte: capítulo IX: “Donde se cuenta lo que en él se verá”; capítulo XLVI: “Del temeroso espanto cencerril y gatuno que recibió Don Quijote en el discurso de lo amores de la enamorada Altisidora”; capítulo LXVIII: “De la cerdosa aventura que le aconteció a Don Quijote”; capítulo LXVI: “Que trata de lo que verá el que lo leyere o lo oirá el que lo escuchare leer”; capítulo LXX: “Que sigue al de sesenta y nueve...”, etcétera.

El epígrafe, en tal caso, adquiere centralidad y deja de constituirse en un simple adorno simpático localizado al margen del texto, aunque, como decimos, nunca es solamente un adorno simpático ni un ornamento al margen del texto. El epígrafe, ese paratexto, en tal caso es el asunto del texto, el único nudo desde el cual se desprende todo lo demás, e involucra dos fuertes desafíos que pueden llegar a angustiar al escritor (por lo menos hasta cierto punto): el epígrafe debe estar a la altura de lo que he escrito o escribiré, y (el más angustiante): lo que escribiré o escribí debe estar a la altura –o siquiera a la mitad de la altura, o siquiera llegar a los tobillos– del epígrafe.

El recurso del epígrafe encierra entonces un alarde y, al mismo tiempo, un mínimo o un máximo de sentido de la responsabilidad del escritor con respecto a la cita: “Yo he leído esto que ahora cito”, pareciera decirnos quien incluye un epígrafe. “Yo merezco borrar estas líneas porque he leído”, “yo me lo he ganado a pulso, leyendo”, continúa (y continuará) susurrándonos. Y sólo con tal perspectiva es que el epígrafe aparece, pues, como un asunto casi estrictamente literatoso: de vanidad y sacrificio.

Humillarse en Donceles

Desesperado por no tener dinero para comprar cigarros en París, un día Julio Ramón Ribeyro debió resignarse a “cometer un acto vil”: vender sus libros, los mismos libros “que arrastraba durante años por países, trenes y pensiones y que habían sobrevivido a todos los avatares de mi vida vagabunda”; libros entre los que se hallaban uno de *Ciro Alegria*, dedicado, y diez ejemplares de su propio volumen de cuentos, *Los gallinazos sin plumas*, “que un buen amigo había tenido el coraje de editar en Lima.”

Ahora bien, si a Ribeyro tal desgracia le hubiese ocurrido no ya en las calles del Barrio Latino sino en Donceles,

habría dejado de fumar: a cambio de sus libros no le habrían dado ni para un Delicado suelto.

Llevarás tu libro máspreciado a una librería de Donceles y el dependiente, luego de oír el sonido de tus tripas, te mirará con desagrado para después ofrecerte diez pesos; y si eres masoquista y ese mismo día se te ocurre pasar por la librería donde lo dejaste, verás que tu exlibro vale arriba de cuatrocientos.

Se han visto casos en los que el humillado se mata de hambre para regresar a Donceles buscando supreciado libro (apuntalado por la culpa, pues el libro se le aparece en sueños reclamándole lo tan hijo de puta que ha sido como para arrojarlo *ahí*), y, confiando en que el dependiente de Donceles al menos le concederá una pequeña rebaja, sale de la librería doblemente humillado porque los trescientos noventa y cinco pesos que llevaba no le alcanzan para recuperarlo.

Señores: al lado de los libreros de Donceles, los usuarios del Fondo Monetario Internacional parecen niños de pecho.

Los pelotazos de la vida

Hace años, Salcedo estuvo muy cerca de convertirse en portero titular del primer equipo de Pumas. El día en que fue a probarse a Ciudad Universitaria (por sugerencia de un directivo que lo había visto jugar en el Llano), simplemente lo tapó todo. El técnico entonces lo felicitó y hasta le dijo que tenía un estilo parecido al de Miguel “Superman” Marín;² aunque cuando Salcedo ya acariciaba la gloria

2 El autor agregó una nota al pie: “Legendario arquero argentino de Cruz Azul, entre 1971 y 1980, conocido además por un célebre autogol. Durante una entrevista a los medios deportivos mexicanos, reveló las consecuencias de atajar tantos “bombazos” al quitarse los guantes y dejar ver unas manos deformadas, aseverando: “son pelotazos de la vida”.

del debut a estadio lleno, agregó: “pero, caray, te falta estatura”. Y, la verdad sea dicha, tenía razón: su metro sesenta y seis ni de cerca le alcanzaba para cubrir la media exigida a cualquier portero de club profesional, aun cuando Salcedo había dado fehacientes pruebas de que sí le sobraba para cubrir cuanta pelota buscara la red o cayera sobre el área.

De ahí en más, Salcedo se volvió un tipo descreído de la vida. Vio debutar a otros porteros en Primera, manos de mantequilla por supuesto mucho más altos que él, pero que en técnica (y en *intuición*) no le llegaban ni a los talones. Comenzó entonces a estudiar ingeniería, una carrera a la que le tomó tanto cariño que nunca la terminó. Resultado: se puso a vender libros especializados en el corredor Balderas, embolsándose bastante dinero con títulos actualizados de cálculo diferencial, biología celular, física cuántica, derecho penal y constitucional.

Así, poco a poco, Salcedo fue borrando su decepcionante experiencia en el fútbol. Se dedicó a ganar dinero y a tener hijos por aquí y mujeres por allá: después de todo, vida de cretino futbolista. Hasta que un nefasto día, la policía, sin aviso alguno, le decomisó gran parte de sus libros y le impuso una multa que lo hundió. Entonces, si antes Salcedo era un muchacho descreído de la vida, ahora lo tenemos ahí, encanecido, en su local, blasfemando y escupiéndole todos los santos días contra este mundo miserable.

Aun así –y porque la sangre es la sangre–, hace unos años Salcedo volvió a las canchas. Los sábados ataja en una liga de fútbol-rápido de la colonia Guerrero, y el domingo en otra de Villa de Aragón, y en ambas, hasta la fecha, posee el récord de la valla menos batida. Seguro a ningún delantero le hace mucha gracia enfrentar a un veterano que por fin, gracias al infortunio y la venta de libros, ha alcanzado la más alta e indispensable virtud del guarda-meta: *no confiar en nadie*.

Gómez, o la tormenta

Al principio sólo es una muy vaga intuición; ¿se viene el diluvio?, ¿habrá un terremoto?, ¿el liberaloide periodista antifilósofo Fernando Savater otra vez en México? Luego, de alguna manera, la amenaza comienza a tomar cuerpo. Pero ya es demasiado tarde: desde la otra esquina, a paso lento, lo ves venir. El traje gastado, la cabeza blanca, los anteojos. Su cara enrojecida, las manos en jarra, los zapatos enterrados. Ni modo: es Gómez, indefectiblemente Gómez: prepárate para resistir. Esconde los libros de Heidegger (en Trotta), saca de ahí a los filósofos presocráticos (en Gredos), procura hacer desaparecer cualquier indicio de Fichte (en Tecnos), y, de paso, huye.

Aunque con Gómez toda precaución resultará una pérdida de tiempo. Te alcanzará igual. Olerá a Heidegger y lo encontrará. A los presocráticos los vio desde la esquina. Y junto al libro de Fichte hallará lo que andaba buscando: a Chestov. ¡A Chestov! Gómez entonces comenzará a respirar con dificultades, las manos le temblarán y soltará un bufido mientras examina el libro tan de cerca que tú verás cómo su nariz casi choca con la página y cómo Gómez mueve vertical y horizontalmente su cabeza blanca, como si en realidad se estuviera persignando con el pinche libro. Y tú piensas o de plano dices en voz alta: *Cálmese Gómez, es sólo un libro de filosofía, por favor*. Pero Gómez ni te mirará porque Gómez *no se entera* de tu existencia. Por lo demás, es una figura histórica en Balderas: él fue quien regentó hace muchos años este corredor de libros, es decir, *gracias a él*, en el fondo, tú estás donde estás, te cagas de hambre o sobrevives, para bien o para mal.

Pero eso a Gómez no le importa. Le importa Chestov. Le importa denunciar en voz alta quién es este Chestov, cuándo y cómo lo conoció, y por qué finalmente se trata de un charlatán –¡otro más!– de la filosofía. Y quizás, para darle más peso a sus palabras, Gómez gritará algo en alemán, gritará algo en el alemán de Gómez, una lengua realmente

única. Y después doblará el libro de Chestov y de mala gana se lo meterá en uno de los bolsillos de su roído traje, desde donde también sacará un billete de cincuenta pesos que, con displicencia, dejará caer al suelo. Y tú lo recogerás, pequeño miserable. Lo recogerás porque estás jodido y porque con tal de ver la tormenta alejarse, todo se vale. Y cuando la tormenta en efecto se aleja, miras el billete, haces un somero análisis introspectivo y hasta te sientes libre. Aunque no por mucho tiempo.

Mirá vos

Los argentinos regularmente pasan por Balderas rumbo al mercado de la Ciudadela para abastecerse de artesanías. Pero unos pocos se detienen, no sin sorpresa, a mirar los libros del local. Es comprensible, che: modestia aparte, acá encontrarán títulos argentinos que ya no se consiguen ni en la repisa más escondida de Corrientes. Por ejemplo: *Megafón, o la guerra* de Leopoldo Marechal, una novela extrañísima editada por Sudamericana en 1970 y cuyo protagonista –Megafón– es un “autodidacto de Villa Crespo” que libra una batalla “terrestre” y otra “celeste”. Por otra parte, nadie se extraña si rascando un poco se topa con libros de filosofía editados por Nova, La Pléyade o Siglo Veinte; o con volúmenes de poesía pertenecientes al catálogo de la desaparecida editorial Carlos Lohlé. Por último, pedimos mesura a quienes se encuentren con los primeros números de *Sur*.

Otros argentinos llegan directamente al local con la divina intención de llevarse un libro de Rosario Castellanos u otro de Ibarguengoitia o alguno de Paz, ¿viste?, pero a los cinco minutos ya están dándole con Cortázar, con Sábato, con Borges y –horror– con Tomás Eloy Martínez. Éste parece ser el caso de los argentinos turistas, porque los argentinos residentes se lanzan sin rodeos ni diplomacia sobre cualquier indicio de libresca argentinidad. No se

trata de nacionalismo, salame: es la nostalgia. Porque un libro no es solamente un libro, es un recuerdo, la evocación de haberlo leído o haberlo perdido en alguna parte, por ejemplo en un vagón del subte o en el ñoba de un boliche.

“Mirá vos”, murmuran y sonríen los argentinos al toparse con una edición de Adán Buenosayres o con otra de Caterna, como si realmente constituyera una verdadera curiosidad el que tales libros se encuentren aquí. Pero bueno, pibe: tal vez sí lo sea; tal vez sí resulte una feliz curiosidad el que esos libros, los libros de Haroldo Conti, de Juan Filloy, de Antonio Di Benedetto, de Marechal o de los Lamborghini, de Paco Urondo y de Zelarayán, sigan circulando por caminos misteriosos y lleguen a Balderas o a Corrientes o a la puta que los parió, qué más da.

La salud de “El Velas”

El vecino antes no vendía libros, pero igual trabajaba en Balderas como velador; por eso le decimos “El Velas”. Fueron once años de duras jornadas nocturnas, durante las cuales no escasearon intentonas de atraco y rapiñas a los locales. Seguramente desde aquellos tiempos se le quedó arraigada la costumbre de ir armado, abrir su local a media tarde y cerrarlo hasta ya bien entrada la noche, más o menos a las doce o a veces incluso a la una de la mañana. Es, por lo demás, el paisaje típico del corredor Balderas alrededor de la medianoche: aparte de algún borracho, travestis y parejas o tríos o cuartetos de bachilleres asiduos al riesgo venéreo, por ahí sólo se ve a “El Velas”, despejado y campante.

A diferencia de su vecino, él sí exhibe material vendible: best-sellers de autoayuda, biografías de narcos, iridología, biblias resumidas, manuales para ser un mejor cornudo, en fin, todas esas cosas, y de a catorce varos. Esto no quita que “El Velas” igualmente posea olfato para atraer la atención de otro tipo de lectores, de modo que

también se provee de libros nuevos de Nietzsche, Freud, Capote, Bukowski, Burroughs, Kerouac, Auster y Bolaño, casi todos, exceptuando a los dos primeros, bajo el formato del engendro Anagrama-Colofón.

Se debe reconocer que a veces “El Velas” provoca envidia. Hay momentos en los que, sin exagerar, la gente se abre paso a codazos para observar sus novedades, dispuestas con sumo orden dentro de unos canastitos de colores o colgadas cual ropa tendida de unas cuerdas que cruzan su local de lado a lado, dándole al viandante la curiosa sensación de estar ante una verdadera salchichonería libresca. Y detrás de todo eso, como en un segundo plano, vemos a “El Velas” en acción, fresco y sonriente, forrándose, contando billetes con espíritu deportivo. Nunca se lo ha visto leyendo, y a veces, como sin querer, se le atisba la comba de un revólver bajo la chamarra, todo lo cual acentúa aún más su estampa de hombre sano.

La maestra y los gatos

La maestra es como los gatos: un día te saludan y al otro te gruñen. Los domingos se deja caer por el local, desde donde puede darle a la plática (sobre el clima, Freud, los gatos, Nezahualcóyotl o Calamity Jane) sin perder de vista el suyo, ubicado a unos treinta metros de distancia. Es bibliotecóloga y trabajó durante más de veinte años en la Biblioteca México, currículum que nadie en Balderas, ni en librería de viejo alguna de esta ciudad, puede presumir.

Llevaba una vida tranquila, de esas vidas grises tan propias de las bibliotecarias, solteronas de comida corrida en la fondita de la esquina, algún revolcón de fin de año con cierto colega igual de gris, hasta que se deschaveté. “Se me van las cabras al monte, querido”, me dijo una tarde de domingo. Y a veces, dice, se siente tan lurias que ella sola va y pide permiso para entrar en la casa de la risa. Se pasa una temporadita ahí y luego de vuelta a vender libros y coleccionar gatos.

“Los gatos me siguen desde cuando chambeaba en la biblioteca –aclara–. No sé, llegaban del parque, me imagino, y yo les daba algo de comida, cualquier cosa, y luego desaparecían por un tiempo, pero siempre regresaban, y así, los pinches gatos, son chulos, ¿no?, ve, ve cómo te miran, como si te leyeran la mente, los cabrones, como si estuvieran igual de locos que tú, ¿no?”

Muy tocadiscos estará, pero hace tiempo se dio cuenta de que con los libros no iba a sacar lo suficiente para el Pentotal ni para darles de comer a los gatos, y por eso se decidió a vender también cigarros, dulces y aspirinas. Una vez, me contó, se le quedó un frasco de Valium entre sus libros, y ante el interés de un cliente –aquí sonrío abiertamente, mostrándome su único par de dientes– se lo vendió.

Cuando los gatos, sueltos de golpe, son demasiados y andan maullando por ahí, eso quiere decir que la maestra se ha ido otra vez. Al regresar, hace inventario de los libros y los gatos y ni pienses en acercarte porque te gruñirá y te culpará, con un dedo acusatorio y un chinga tu madre, de la falta de cualquiera de ellos. Pero al siguiente día te saludará tranquilamente, riéndose incluso, con una cierta miradita de desprecio netamente gatuno que parece decirte “pobre pendejo, aquí sigues, y tú asientes y te ríes con cara de ídem”.

Noticias de la primera FELIR

En un rotundo éxito se ha convertido la primera edición de la Feria del Libro Robado, FELIR, realizada por estos días en calles adyacentes (aunque sin especificar) al metro Balderas, en la Ciudad de México. Las familias más emblemáticas en el arte de la sustracción libresca se han dado cita en este magno evento que cuenta además con la presencia de representantes internacionales (un gran

contingente sudamericano) y la impartición gratuita de talleres de perfeccionamiento, entre otras actividades.

Pese a que se trata, como decimos, de su primera versión, la FELIR es fruto de una larga historia, no por desconocida menos importante para la manutención y auge de familias completas de la lumpenburguesía, así como también en la formación de varios miles de estudiantes latinoamericanos hartos de malgastar su dinero en fotocopias. Sus comienzos en México se remontarían a los años veinte del siglo pasado, cuando un pequeño grupo de desertores renegados del vasconcelismo y el alfonsorreyismo (y, por tanto, del Ateneo de la Juventud) haría su entrada criminal en las librerías del Distrito Federal. De ahí en más, el sostenido aumento en los precios de los libros (fenómeno incesante al momento de redactar este informe), junto al fetichismo de ciertos coleccionistas, no harían sino incidir positivamente en la profesionalización de un rubro hoy imprescindible para la expansión de la cultura.

En esta primera FELIR se encuentran a la venta artículos novedosos para el raptor de libros profesional, entre los cuales destaca un sofisticado modelo desactivador de alarmas acompañado de un efectivo manual (basado en datos psicosociales asombrosos) en caso de verse sorprendido y/o violentado por los guardias de cualquier megalibrería. Está casi de más añadir que los libros expuestos al público, en el marco de la feria, desaparecen, aparecen y vuelven a desaparecer con una rapidez de movimientos apenas perceptible, cuestión indicativa del nivel de excelencia alcanzado por quienes se han dado cita en ella.

La FELIR ha sido posible gracias a un esfuerzo mancomunado de especialistas, aficionados, editores y algunas sociedades anónimas por definición, provenientes de diversas partes de México y Latinoamérica. Debido al éxito obtenido, se estudia la posibilidad de llevarla prontamente al interior de la República.

Los escritores de Balderas

Francis Scott Fitzgerald decía que los escritores inevitablemente tienen pinta de escritores. Y aunque no lo quieran y por más disfraces que utilicen, “de cualquier modo acaban pareciendo *escritores*, y todo el mundo puede identificarlos señalándolos con el dedo.”

Sin embargo, aquí en Balderas los escritores ocupan unos disfraces, lisa y llanamente, perfectos. Nadie sospecharía que aquel hábil vendedor de cojines ergonómicos contra las hemorroides es, efectivamente, un escritor. Menos aún se creería que el señor de los cuadritos de los Beatles también escribe y hasta ha osado autoeditarse un libro. ¿Quién imaginaría, por otra parte, que la señora de las películas piratas compone aforismos de vez en cuando? La maestra, la maestra locatelis, lleva su cuadernópolis y gran parte de su vidálka se la ha pasado en él: escribiendo. Y de los vendedores de libros ni se diga: éstos son los peores: con tal de ocultarse, acomplejados como están entre tanto libro, prefieren ocupar seudónimos y decir que ellos “solamente” leen.

Así, el corredor de Balderas se encuentra plagado de escritores muy bien disfrazados de vendedores. Hasta se podría editar una voluminosa antología con sus textos: la antología de los ocultos, la antología de los acomplejados. ¿Por qué no? ¿Por qué no ese libro curioso, sin género determinado, ilustrado además por los dibujantes y pintores clandestinos de Balderas (que también son legión)?

Pero lo verdaderamente curioso en todo este asunto es que, así como existen –en Balderas o donde sea– un montón de escritores disfrazados de vendedores, igualmente proliferan los casos viceversa.

Pero ésa ya es otra historia.

Aquellos breviaros

Hay lectores a los que les importa muy poco si el libro, en cuanto objeto, les gusta o no les gusta, es empastado o en rústica, verde o azul. Gente de vida sana, ilustrada y democrática, cuyo deambular por este mundo no contempla enfermedades de los nervios ni resacas de tres días. Muy bien; pero, pese a ellos, no deja de comprobarse un hecho alarmante: las editoriales han bajado considerablemente la calidad en el diseño de sus publicaciones. Un caso extremo es el de Alfaguara, aunque Seix Barral, Joaquín Mortiz, Emecé y otras tantas editoriales no le van a la zaga: al ser absorbidas por las corporaciones transnacionales del libro, además de pasar a peor vida, ellas también han arruinado el diseño que las caracterizaba.

Pero lo sucedido con los Breviaros del Fondo de Cultura Económica merece mención aparte. En general, el FCE hace tiempo se ha ido esmerando en alejar a sus lectores a través de la vista y –como si con eso no bastara– por medio del tacto. En 1958, por ejemplo, apareció en Breviaros la primera edición en español de *El aire y los sueños* de Gaston Bachelard (traducción de Ernestina de Champourcin): pasta dura, camisa, solapas, páginas finas y la reproducción de un óleo de Ricardo Martínez en la portada. En resumen, uno de esos pequeños volúmenes que jamás uno se cansará de ver, oler y tocar.

Luego pasamos bruscamente a los años ochenta, donde los Breviaros ya dan algunas muestras de franca decadencia, especialmente en lo referente a la calidad del papel y el diseño de las portadas. Aun así, las tapas duras, las camisas y las solapas no se habían esfumado, de modo que un librazo como *De Kafka a Kafka* de Maurice Blanchot, traducido al español por Jorge Ferrero, todavía conserva, un poco venido a menos, aquel aprecio y cuidado por el libro como objeto.

Y así llegamos fatalmente a esta época, cuando los nuevos Breviaros lo único que conservan de su ya lejano

esplendor es el tamaño. Adiós tapa dura, adiós camisa, fuera solapa y bienvenidas las portadas del tipo libro de texto. ¿Qué pasa en el Fondo? ¿Qué vamos a hacer con él? Es triste, es arrollador, y es uno entre muchos de los motivos por los cuales, al final, uno se enferma de los nervios y tiene resacas de tres días.

Un clásico

A mediados de los años ochenta, el protagonista de esta semblanza estudiaba Geografía en la UNAM, era militante del Partido Comunista e integraba una compañía de teatro callejero. Con eso quizás esté todo dicho. El Partido le entregaba una credencial que lo habilitaba para vender material cultural –propaganda de izquierda bajo la modalidad de libros, afiches y casetes– en las calles del centro, la Alameda Central y, finalmente, en las cercanías del metro Balderas, desde donde, luego de vender, se trepaba al vagón rumbo a Ciudad Universitaria.

En aquel entonces no existían en el corredor de Balderas los puestos metálicos de hoy ni infraestructura comercial de ningún tipo, de modo que nuestro personaje exponía su mercadería simplemente sobre la acera. Con lo que sacaba, al aludido le alcanzaba y hasta le sobraba, y así un buen día abandonó la carrera de Geografía y se dedicó cien por ciento a la venta de cultura revolucionaria, un rubro de nuestra economía siempre rentable.

Hacia el final de la década, mientras en Europa se recorría la Cortina de Hierro, en Moscú la Perestroika daba estertores de moribundo, un terrorista peruano japonés se disfrazaba de estadista y un gringo japonés decretaba el fin de la historia, a Balderas arribaba la novedad de los locales de metal. Entonces nuestro hombre captó el mensaje: junto a los libros de Lenin y casetes de Víctor Jara, concluyó que no estaría nada mal exhibir material menos

rojo o más acorde a los vientos de una época donde la palabra “comunista” comenzaba a sonar a arcaísmo.

Actualmente, su local ofrece una variedad bibliográfica sorprendente, irregular, dispuesta en un cuidadoso desorden. Por lo demás, el individuo vende y vive sin sobresaltos, aunque de esto no debieran enterarse sus acreedores, que pocos no son. La antigüedad, las dotes de histrión y un desarrollado sentido de la curiosidad le otorgan cierta ventaja: es viejo conocido de coyotes, clientes, policías, delincuentes, artistas caídos en desgracia y cuanto vago pase por ahí; es decir que todos, en algún momento, nos damos una vuelta por su local.

Si alguien desea enterarse de cualquier triquiñuela, chisme o de determinado suceso acaecido en el corredor de Balderas y/o en el más amplio mundo de la mafia de los libreros, es recomendable que vaya con él. Y si, al contrario, alguien quiere mantener ese antiguo y vergonzoso secreto bajo llave, pues es mejor que no vaya y permanezca tranquilamente en casa, descifrando la alquimia del verbo.

Elogio del fondongo

La fondondez constituye un rasgo distintivo (se diría incluso: esencial) entre los vendedores callejeros de libros usados. Compartida por músicos, estudiantes de filosofía y gozadoras impenitentes del retozo dominical, la fondondez forma parte del estereotipo de cada una de aquellas ocupaciones, además de la descarada impuntualidad y la tendencia al vicio. Pero, en el caso específico del vendedor de libros usados, el permanecer fondongo parece obedecer también a una táctica comercial fríamente calculada.

En realidad, se trata de un asunto de confianza: al lado de un chico de mirada ejecutiva, impecablemente vestido y cuidadosamente peinado, ¿no es más esperanzador para el cliente pasearse entre gente displicente que parece –y no sólo parece– recién levantada? La camisa arrugada,

los zapatos sin lustre, los ojos inyectados en sangre, ¿no lo hacen sentirse a uno realmente en casa, por fin liberado de aquella lamentable impostura de las formas correctas? La actitud indolente del fodongo le recuerda al potencial cliente que al fin y al cabo todo este rollo de la lectura y la cultura importa muy poco, y qué de terrible hay entonces en gastarse unos cuantos pesos en un pinche libro.

Obedeciendo a tal razonamiento, una vez el despreocupado cliente efectivamente ha comprado el libro, el fodongo vendedor jamás le diría que ha realizado una excelente adquisición o algo por el estilo –tal cual lo haría el chico ejecutivo–, sino que más bien se limitaría a guardarse rápidamente el dinero y encogerse de hombros. Vender libros usados en la calle se asemeja más a vender manzanas que a vender autos, aunque a algunos muchachos emprendedores esta comparación no les haga ninguna gracia. Pero es cierto: a los trajeados bien peinados de espíritu deportivo, a quienes la mayoría de las chambas les sonríen, ésta les gruñe o los deja en ridículo.

Por último: ¿qué es lo que casi siempre se encuentra en un libro usado? Roña. Y no sería literalmente decoroso arruinar la inmaculada corbata cargando fruta en estado de descomposición.

‘El caso de “El Fobias”

Antes “El Fobias” compraba cualquier título de Vargas Llosa o de Carlos Fuentes. Cuando los terminó de leer, se desesperó y preguntó si acaso teníamos más. Como la respuesta en ese instante fue negativa –él mismo se los había comprado todos–, se le recomendó darse una vuelta por las ferias de libros, donde los volúmenes de estos dos autores campean a sus anchas. “No me gustan las ferias, hay mucha gente”, respondió. Se le sugirió, pues, acudir a las librerías de Donceles, sitios vastos de casi nula densidad demográfica. “Me aterrorizan esas li-

brerías, hay *demasiada* poca gente y *demasiados* libros". Se le rogó, entonces, que encaminara sus pasos hacia el Callejón de la Condesa, un espacio de buenos libros caros donde por lo regular no hay tanta gente, pero tampoco *demasiado* poca. "¿Es ese callejón que está en desnivel? No gracias, me dan pánico los desniveles".

Bueno –dijo el vendedor por decir algo–, si se acabaron los de Vargas Llosa y Fuentes, ¿no le interesará Onetti?

En los meses que siguieron "El Fobias" se leyó todo Onetti y todo Cortázar. Después se pasó a Manuel Puig, se casó con José Donoso y llegó donde Arguedas. Y ahí, al parecer, acabó su periplo novelero. Algo le ocurrió a "El Fobias" que de un día para otro ya no vino más por narradores latinoamericanos sino por libros... de Lógica.

Es relativamente normal que después de Arguedas uno se pase a Mariátegui y de ahí tal vez a Lenin y después a Marx. Eso se acepta. Pero el viaje de "El Fobias" es extraño, por no decir exótico, y parece no haber lógica alguna entre su Arguedas y su Lógica.

Un día que lo vio venir desde la esquina, el vendedor quiso recordarle a "El Fobias" aquellos lejanos tiempos en los que era un ávido lector de narrativa latinoamericana del siglo xx, y para tal efecto le mostró un librito de Felisberto Hernández aparecido en la maravillosa colección Palabra Menor de editorial Lumen. "El Fobias" lo tomó entre sus manos como si se tratara de un objeto curioso, lo hojeó pacientemente y dijo: ¡pero este libro no trae ningún silogismo! ¡Ninguna fórmula! *¿De qué sirve un libro si no tiene silogismos o fórmulas?*

Y así fue como "El Fobias" desapareció para siempre por la madriguera de Balderas. *¡Que le corten la cabeza!*

De un solo trago

Según Georges Perec, el metro es el mejor medio de transporte para leer, puesto que el tiempo de viaje entre estación y estación “permite regular la lectura: dos páginas, cinco páginas, un capítulo entero, según la longitud del trayecto”. Perec de seguro piensa en el metro de París, porque en el metro de la Ciudad de Vanguardia leer es una tarea arriesgada. Ahí el libro recibe manotazos, empujones, secreciones, vejaciones, intromisiones del rock en español, la electrónica o la salsa, y a nadie se le ocurre pedirle disculpas. Aun así, podemos admitir que leer en el metro de la CDMX a eso de las once cincuenta y tres de la noche –cuando los vagones van prácticamente vacíos– es un sereno placer.

En el local de Balderas, por el contrario, se hace muy difícil leer. Uno está entre buenos libros, pero siempre habrá algo o alguien que te interrumpirá; un bocinazo, una lluvia, el incauto ciudadano que quiere comprarte un libro o el voltaje del equipo de sonido del gordo adicto a la cumbia regiomontana. Por eso, si de leer en el local se trata, más vale hacerse amigo de las notas, los aforismos, los poemas cortos. Amigo de Lichtenberg y de Efraín Huerta, por ejemplo. Amigo de Karl Kraus y de Nikito Nipongo, por supuesto. Amigo de aquellos que no se aguantan y sin más preámbulo se beben el vino de un solo trago, y después otro y otro y así hasta reventar.

En tal sentido se agradece que esos libros suelen pasar desapercibidos. La forma breve, pese a la onda expansiva del microcuentismo, sigue ocupando su humilde segundo plano con respecto a las novelas o los ensayos “de largo aliento”. La mayoría de los lectores se decanta generalmente por un libro capaz de asegurarles una continuidad de lectura de al menos una semana, y no por la fragmentación arbitraria, entrecortada, del aforismo o el poema corto.

Porque así como hay lecturas para el baño, las hay para la calle, vale decir, para una calle del centro y no para

una placita de Coyoacán a las once de la mañana, donde más bien cabría ponerse a leer *La montaña mágica* o *El hombre sin atributos*. En la avenida Balderas, donde la población tiende más bien a lo bestial, es mejor acostumbrarse a aquellas lecturas rápidas que, no obstante su brevedad, implican cruzar un umbral, atravesar una zona, clavar una idea justo antes o después de ponerse a gritar, ¿por qué no?, *¡sí hay, sí haaay!*

Humbert, el coyote

¿Cuánto me da por este par de excelentes novelas, joven? Preciso vender estos libros como sea, necesito lana ahorita, porque si sigo así de jodido ella se irá. Ella se irá si no consigo feria para invitarla a cenar a lugares caros, si no le compro ese vestido, si no le obsequio la laptop que tanto desea. Yo sé que a mi edad, con mi experiencia, con mis canas, es como para avergonzarse. Pero déjeme decirle una cosa: yo ya perdí toda vergüenza y si usted, joven, la viera, si usted la viera sólo un segundo, me cae que también la perdería. Diecisiete años. Diecisiete, y con sólo mover un dedo, con sólo verla torcer el gesto, yo sufro. Por eso he decidido vender estos libros aquí mero. Y si es necesario (espero que no), pero si es necesario, vaciar mi querida biblioteca. Necesito lana con urgencia, ella no puede abandonarme y estoy decidido a impedirlo, como sea. Algún día, ya lo decía yo, acumular tanto pinche libro me iba a ser de provecho en algo, y aquí usted me tiene, ofreciéndolos al mejor postor. Me causaron placer, lo admito, les tengo mucho cariño, incluso alguno que otro, al releerlo, me trae a la memoria buenos recuerdos de épocas pasadas, de cuando yo también era joven y también tenía diecisiete años y era, aunque usted no me crea, aunque usted se ría, un Don Juan, pero eso sí, un Don Juan absolutamente moderno, como diría Rimbaud. Haga de cuenta: un galán parecido a esos canijos que salían en las

películas francesas de los sesenta, ésas que de pronto son tan difíciles de entender, no sé, qué le gusta, Alain Delon, Jean Paul Belmondo, por decirle unos nombres. Pero ahora, ¿no ve mis arrugas y mis canas?, ¿no ve esta panza delatora? Seguro ha llegado el triste momento de darle otro fin a esos libros, ¿y qué fin más noble se les puede dar sino el de merecer el respeto y quién sabe si el aprecio y quién sabe si el amor de una bella joven de diecisiete años? Tengo novelas, clásicas y no tan clásicas, europeas, asiáticas y latinoamericanas. ¿Cuánto me daría usted por *La comedia humana* en los seis tomos de Aguilar (en piel), por ejemplo? Si logro venderlos, creo poder estirar el dinero como para retenerla a mi lado, ¿qué?, ¿dos o tres semanas más? Espero usted no vaya a ser como esos cabrones, perdone que lo diga, pero de que son cabrones son cabrones; espero usted no sea como esos ojetes de las librerías de viejo que lo fuerzan a uno a malbaratar los libros, ya sabe. Lo ven a uno desesperado, casi como un drogadicto necesitado con urgencia de su dosis, y luego luego le mientan la madre con una de sus ofertas infames de veinte, quince o cinco varos. Pero usted, suerte la mía, se ve que es un joven culto, con estudios, un joven que sabrá apreciar la literatura de alto vuelo, la literatura de a de veras... ¿O me equivoco? ¿O este negocio, como dicen por ahí las malas lenguas, acaba torciendo hasta al canijo más culto, hasta al más letrado y espiritual de los jóvenes? A ver pues, escuincle, ¿cuánto por este par de novelones?

¿Por qué me metí en esto?

Básicamente por vago, es la respuesta que me doy en estos días agobiantes cuando vender un libro es realmente una odisea. Prefiero estar aquí sentado viendo el paso del tiempo, echarle un ojo al periódico, leer un cuento de Bulgákov el morfinómano. Otra respuesta posible (y un poco cínica): porque me gusta estar cerca de los libros, aunque de in-

mediato eso lo pongo en duda. No crecí entre libros, en la infancia leí poco. Mi madre, lectora de narrativa, tenía casi completa la colección Obras Maestras del Siglo xx de Seix Barral, ya la conocen, esa de tapas duras color café y letras doradas y con cuyo número 22 bastaría; pero lo cierto es que siendo niño yo sólo la miraba. Quizá siempre me han gustado mucho más las revistas que los libros, quién sabe. Uno no se da cuenta, pero ver tantos libros todos los días a toda hora hace que éstos se conviertan en lo que en definitiva son: objetos. Incluso: objetos estorbosos. ¿Se ha dormido usted en una cama con libros? No es bonito. Es más: ¿se ha refocilado con alguien en esa misma cama, intentando hacer un papel digno pero atendiendo, ¡al mismo tiempo!, a que tal libro no se doble o, peor aún, no se *moje*? Tampoco es bonito y se expone uno a ser acusado de matapasiones. ¿En qué iba? ¡Ah!, pero sí, también he aprendido a apreciar ciertas ediciones, empastes, lomos, portadas, solapas. Mirar libros como quien mira el afiche (me encantan los afiches) de una película o de una obra de teatro. Hay gente bien o malintencionada que me ha preguntado, abarcando con un movimiento del brazo el pequeño local atiborrado de libros: ¿y se los ha leído todos, joven? Me gusta la respuesta de Derrida cuando su señora madre, espantada al ver tanto libro en casa de su ilustre hijo, le hizo la misma pregunta: “Solamente dos, madre”, respondió Derrida.... “pero *bien* leídos”, agregó. Yo no sé si tengo un solo libro bien leído, pero esa respuesta es justa si se piensa, más allá de la falsa modestia, en que continuamente leyendo (o no leyendo) los demás libros desparramados, se está volviendo a ese par de libros que no siempre sabemos con certeza (más bien: no tenemos ni la menor idea) cuáles son. Sin embargo, tampoco me metí en esto, creo, para andar cantinfleando de esta manera. Eso lo he venido haciendo *a posteriori*. Nunca me dije: Voy a ponerme a vender libros para escribir sobre el oficio. Me metí en esto posiblemente porque no tenía un penique. Le vendí un libro a un librero y ese librero vendió ese libro

de inmediato y me pidió más. Así fue como comenzó todo; pero eso tampoco aclara, sino que más bien enturbia, el por qué. Otra respuesta quizá mínimamente más verosímil: porque me gusta la calle. Bien. Pero cada vez me gusta menos la tal calle, está podrida, vigilada, y quizá me voy haciendo viejo. Es más: tal vez ni siquiera me gusta la calle, pero me acostumbé a ella (si uno dice estas cosas en otro contexto también puede ser acusado de matapasiones y algo más), porque hay una cosa cierta: no puedo estar encerrado mucho tiempo, eso no. He vendido libros en espacios cerrados y no es nada bonito; no se puede escupir abiertamente, hay que poner cara de tipo diligente, esas cosas. Entonces, ¿loco? Básicamente fue por vago, disculpen ustedes el rodeo.

La épica clandestina

En sintonía con el contenido mismo de *Canto general*, las circunstancias de su edición –junto a la mitología secretada desde ahí– son en todo caso dignas del tono épico del libro, tan celebrado y tan denostado.

Corrían en Chile los tiempos de la Ley Maldita (en resumidas cuentas: declarar en la ilegalidad y perseguir a los partidos de izquierda, empezando por el Partido Comunista), impulsada por el gobierno de Gabriel González Videla (quien llegó al poder gracias a una alianza con los mismos comunistas), y aprobada por el Congreso Nacional.

En tales circunstancias, con el movimiento obrero en una curva de ascenso importante, pero castigado por la represión, ¿qué hace el PC? ¿Se va al cerro a echar balas? ¿Incendia el Congreso? Nada de eso: se consagra, con urgencia, a editar un libro. ¿El *Manifiesto comunista*? No; un libro de poemas, ni más ni menos. Para los lectores actuales esto quizá constituya, a lo mucho, un suceso anecdótico más en la chismosa historia de la literatura; acostumbrados al efecto anestésico de no involucrar la política, en

su sentido más práctico, en su quehacer cotidiano, con la poesía, la tarea de editor clandestino a la que se abocó el PC chileno en 1950 nos puede parecer otro más de sus desatinos. Sin embargo, fue de esas tareas conjuntas en las que se pone en juego el pellejo.

Primera cuestión: el tamaño. La circulación clandestina de un libro haría pensar en un volumen no muy llamativo, de formato pequeño o al menos cauto, que pase de bolsillo en bolsillo rápidamente. Pues bien: el formato del *Canto General* clandestino llevaba letras rojas y medía 27 centímetros de largo por 19 de ancho, vale decir, era sólo un poco más reducido que una hoja tamaño carta... ¡y tenía 468 páginas!

Segunda: la tipografía. El Partido Comunista chileno, de larga tradición propagandística (desde los tiempos de su fundador Luis Emilio Recabarren), formado, aun durante aquella época, en buena parte por linotipistas, recurrió a matrices abandonadas y a dos tipos de papel (264 y "pluma") difíciles de rastrear. Cada etapa del trabajo –linotipia, compaginación e impresión– se realizó en un lugar diferente, con los riesgos del traslado, pero con una maquinaria disciplinada de partido trabajando para –repi-to–, publicar un libro de poemas.

Tercera: el tiraje. Fue de cinco mil ejemplares, lo cual ubicaría en la sub-clandestinidad a todas las editoriales independientes que hoy, en estos momentos, imprimen sus libros con fondos del Estado en tiradas de mil, quinientos, cien o diez ejemplares, convirtiendo, de paso, también en clandestino al Estado como organización criminal.

Cuarta: la encuadernación. Fue tarea de un solo hombre encerrado en un taller, en el período de dos meses: imposible no imaginarlo ahí, sin poner un pie en la calle (¿un cigarro en la boca?, bueno: un cigarro en la boca), cosiendo sin pausas esos cinco mil ejemplares de una obra de 468 páginas llamada *Canto general*.

Última: la distribución. Fue un simulacro: se hicieron suscripciones diciendo que el libro en cualquier

momento “llegaría desde México” (no podía faltar la palabra México en un simulacro), confeccionado en una tal “Imprenta Juárez” (no podía faltar la palabra Juárez hablando de México): tal como ocurrió con el *Ulises* de Joyce –otro proscrito–, las suscripciones sirvieron para financiar la edición.

Neruda ya estaba en París, en un acto de homenaje a Picasso, cuando le llegó la flamante edición clandestina de su libro (el posesivo al cual se aferran los malditos escritores, ¿no es una gran injusticia, teniendo en cuenta estos datos?): frente a todos, en un gesto de camaradería, se lo regaló al pintor y sacó lágrimas y aplausos, pero al terminar el acto, en un gesto chileno, se lo quitó: era el único ejemplar.

Todas estas cosas, y muchas más, son narradas por quien estuvo a cargo de la edición, don Américo Zorrilla, en una crónica del libro *Los tenaces*, de José Miguel Varas.

Pero, realmente: ¿esperaban los comunistas alborotar el gallinero aún más por medio de la voz del poeta nacional atronando en un libro que hundía los pies en el fango de América? No olvidar: veinticinco años antes, con *20 poemas de amor y una canción desesperada*, Pablo Neruda se había convertido en algo así como un best-seller. En los años 50, además, era ya una voz política reconocida y, tras pasar a la clandestinidad, atravesar en burro la cordillera con la barba crecida, la calva acentuada, era también un mito. Aún así, la pregunta queda; y queda, sobre todo, ese tipo solo, encerrado, cosiendo el libro de una generación para la cual el poema no estaba excluido de la educación política. Como dice el poeta Jorge Teillier al retratar a su padre, militante comunista del sur: “Cuando al Partido sólo entraban los héroes”.